

ese Estado el 15 de Enero de 1880, que verifica dos sesiones mensuales y la que tuvo al principio y hoy ha reanudado una publicación, unos *Anales*; de las de Guanajuato, que se ha fundado una hace pocos días bajo el nombre de *Fraternal Médico Farmacéutica*, que está publicando un *Boletín de Medicina*; de las de México, que existe una hace algunos años en Toluca, la que tuvo un importante periódico; de las de Puebla, que la "*Miguel Jiménez*" se inauguró el 27 de Octubre de 1883 y que tiene sesiones semanarias, y de las de Yucatan que la *Médico Farmacéutica de Mérida* tuvo también un buen periódico médico *La Emulacion*, periódico y Sociedad que hoy ya no existen.

Bueno es decir aquí también, que en la Capital y en los Estados han existido y existen aun algunas Sociedades médicas de Beneficencia, de las cuales, de las primeras, ya dijimos algo de la *Sociedad Médica de Beneficencia* y de la *Asociación Médica "Pedro Escobedo."*

Hecha ya la revista de las Sociedades médico-farmacéuticas y de ciencias anexas que ha habido en el país vamos, antes de terminar, á hacer algunas ligeras observaciones sobre el estado que guarda actualmente entre nosotros el espíritu de asociación.

Llama desde luego nuestra atención la indiferencia y la apatía con que se ven toda clase de Sociedades entre nosotros, y casi no sabemos á qué atribuir la poca vida que generalmente alcanzan cualquiera que sea el ramo que pretendan cultivar, ora las artes, ora la literatura, ora las ciencias. Así es que, refiriéndonos especialmente á las de Medicina, se las ha visto nacer unas tras otras, y á unas tras otras se las ha ido viendo sucesivamente desaparecer, las nuevas aprovechándose de los ricos escombros de las antiguas, y apenas si hoy sobreviven algunas de ellas, y eso sostenidas por la protección oficial. Serán la apatía y la indolencia que se dicen características de nuestra raza, ó la división que desgraciadamente existe entre los diferentes círculos del Cuerpo médico-farmacéutico mexicano su causa? O será que todavía no está suficientemente desarrollado entre nosotros el espíritu de asociación ó que éste ha muerto en su cuna, en medio de la atmósfera mefítica de nuestra pereza y de nuestro egoísmo? Nada queremos, hoy por hoy aventurar. Nos limitamos sólo á lamentar lo reducido que es el círculo de nuestras Sociedades, lo solitarias que se verifican el mayor número de sus sesiones, la frialdad y la poca animación que hay en sus contro-

versias y el abatimiento de entusiasmo que creemos encontrar en nuestro espíritu, que, como que parece dormido y sólo se despierta, y eso perezosamente, y adquiere alguna actividad y movimiento, con el supremo estímulo de las recompensas pecuniarias que se dan á los socios porque asistan, porque trabajen, porque cumplan, en suma, los compromisos que contraen al ingresar á las Sociedades, y éstas no mueran por la indolencia de sus miembros.

Ojalá y que más tarde, comprendiendo los facultativos todos la utilidad y la necesidad de las Asociaciones, presten á éstas con su concurso y con su apoyo, en beneficio de la comunidad, el vigor y la lozanía cuya falta hoy lamentamos.

* * *

Réstanos, para concluir con este ya largo capítulo, consagrar algunas líneas á distinguidos médicos mexicanos, muertos y contemporáneos, que ora como hombres públicos, ora como tales médicos, ora como sabios, ora como filósofos y literatos, ora como artistas, han venido dando lustre y brillo á nuestra Facultad, y decir, por último, dos palabras sobre el estado que guarda actualmente en el ejercicio la moral médica entre nosotros.

Espinosa y arriesgada en alto grado va á ser la labor que en este momento vamos á emprender. Juzgar á los contemporáneos es peligroso, porque es difícil ensalzar la modestia y el saber sin herir el orgullo. Pero pues que en nuestro papel de historiadores nos es necesario, tanto porque así nos lo impone el deber rindiendo el tributo merecido al verdadero mérito, como porque así, más tarde, quien siga nuestros pasos no se encuentre como nosotros, sin ningún dato para poder juzgar con acierto á los hombres y las cosas de hoy, emprendemos la tarea con valor. Una vez por todas diremos, que conociendo nuestros deberes de historiadores, y habiéndonos resuelto acatar en todo el curso de esta obra los impulsos de nuestra conciencia, hemos procurado que en toda ella, y en todo y sobre todo, no aparezca más que la verdad. Esto no quita, sin embargo, que alguna vez no nos hayamos equivocado en nuestros juicios. Por consiguiente, en las líneas que siguen, no siempre tendremos elogios para nuestros amigos si éstos no son merecidos, y los prodigarémos cuando en nuestro concepto sean justos aun á nuestros más encarnizados agresores.

Hecha la anterior profesion de fe empezaremos nuestra tarea.

Dos médicos distinguidos descuellan entre los hombres públicos de México habidos en este período, los que por sus talentos y por su valor personal, alcanzaron á llegar nada ménos que á la primera magistratura de la República: los Dres. Valentin Gómez Farias y Anastasio Bustamante. A estos distinguidos médicos debió no poco, allá en otros dias, la patria y la Facultad.

Del primero ya dimos en otro lugar breves apuntes biográficos. Nos ocuparemos ahora, por lo mismo, de consagrar algunas líneas á la memoria del último.

El Sr. Dr. Anastasio Bustamante y Ocegüera nació, segun unos, en Guanajuato ó en San Miguel de Allende, y segun otros, en Jiquilpan, provincia de la Intendencia de Michoacan, el 27 de Julio del año de 1780. Fueron sus padres el Sr. José Ruiz Bustamante y la Sra. Francisca Ocegüera.

Aunque de humilde cuna, sus padres se esmeraron en darle la mejor educacion que pudieron, y á los quince años ingresó al Colegio Seminario de Guadalajara, en donde siguió los estudios superiores, siendo en ellos tal su aplicacion y talento, que siempre ocupó los primeros lugares entre sus compañeros. Concluido que hubo su curso de Artes y recibido en él el grado de Bachiller, vino á México y entró á la Universidad á estudiar la carrera de Medicina, y en ella, allá por el 17 de Diciembre de 1804, tuvo un acto en el que defendió catorce *Casillas*, y en ella obtuvo, dias despues, el grado de Bachiller en la Facultad. Durante este tiempo fué discípulo tambien del Dr. Luis Lidnert, catedrático de Química del entonces Seminario de Minería. Dos años más tarde, despues de un lucido exámen profesional que sustentó ante el Protomedicato, obtuvo el ambicionado título de médico.

Comenzó entonces para él una nueva vida. Ya con un diploma que le permitia ejercer la profesion que tanto habia anhelado, se fué á radicar á San Luis Potosí, y allí la practicó tranquilamente, habiendo entonces llegado á ser nombrado Director del Hospital de San Juan de Dios de esa ciudad.

Pero á este distinguido facultativo le llamaban hácia otra parte su gusto y sus inclinaciones. Contaba de edad veintiocho años cuando, habiéndose sabido en 1808 en la Nueva España, que en la Metrópoli habia una gran revolucion y que el rey Fernando VII habia sido hecho pri-

sionero, y cuando habiéndose dado aquí en México en 1810 el glorioso grito de nuestra Independencia, estas circunstancias le abrieron la puerta para una nueva carrera, para la de las armas, aunque desgraciadamente sólo la abrazó entonces para combatir y apagar en su cuna los primeros impulsos de nuestra libertad. Así que en 1808 formó parte de un cuerpo de caballería que entonces se organizó en Lan Luis; en 1810, al resonar en el país el grito de Independencia lanzado en Dolores, ingresó á las tropas que para combatirlo reunió Don Félix María Calleja; en el año de 1812 se halló en el memorable sitio de Cuautla combatiendo al gran Morelos; en 1815 ayudaba á Barradas en el ataque de Apan; en 1817 hostilizaba al simpático guerrillero Mina en el Fuerte del Sombrero y, más tarde, pacificaba á Guanajuato, destrozando al padre Torres y á Wolf, hasta que proclamado por Iturbide, en 1821, el Plan de Iguala y atraído por éste, que conocia sus antecedentes militares y su grande influencia en aquellas poblaciones, á su partido, lo secundó proclamando nuestra Independencia en la Hacienda de Pantoja, de aquel Estado, el 19 de Marzo del mismo año. Ya hecho insurgente, al entrar á la ciudad de Guanajuato, él fué quien mandó quitar de la expectacion pública los cráneos venerados de los primeros cuaudillos que proclamaron nuestra libertad (Hidalgo, Allende, Aldama y Jiménez), cuyas cabezas habia puesto el encono y la barbarie colgadas de garfias de fierro en lo alto de las cuatro esquinas del célebre Castillo de Granaditas de aquella ciudad, y les mandó dar sepultura. Iturbide le designó entonces para segundo caudillo de la revolucion y llegó en ella á alcanzar hasta el grado de General de Division.

Triunfantes, al fin, los insurgentes, Bustamante fué escogido para miembro de la Junta Provisional Gubernativa y despues, durante la regencia, para Mariscal de Campo y Capitan general de las provincias internas de Oriente y Occidente.

A la caida del imperio de Iturbide se conservó fiel á su causa.

En 1829 fué electo por el Congreso vice-Presidente; á fines de ese año proclamó el Plan de Jalapa desertando desgraciadamente del partido liberal y haciéndose el prohombre del centralismo; el 31 de Diciembre del mismo, entraba triunfante á la Capital, y al comenzar el 1830, lograda la revolucion, hombre hábil y enérgico, entró al ejercicio del Supremo Poder Ejecutivo que dimitió al empezar el año de 1832, á consecuencia de una revolucion que se inició.

Durante esta su primera administracion, que sin duda adoleció de muchos defectos, embelleció la Capital; fomentó por medio del teatro la ilustracion del pueblo, haciendo venir subvencionada por el Gobierno la primera compañía de Ópera que viera México; presentó por primera vez nuestra marina mercante en los puertos ingleses, y, empezándose á anunciar en su época el Cólera, él fué el primero que dictó las medidas iniciales para evitar la aparicion de la epidemia en la República.

En el año de 1833, caido del Poder, sufrió larga y penosa prision; despues fué desterrado de la República por la ley del "Caso," y entónces viajó por Francia y Alemania estudiando los adelantos de aquellos países, y en Diciembre de 1836, habiendo sido ya hecho prisionero Santa-Anna, fué llamado á su patria, y en 19 de Abril de 1837 era declarado otra vez, por un decreto, Presidente de la República, en cuyo puesto duró hasta la revolucion de fines 1841.

Durante esta su segunda época de administracion, en 1838 fué el iniciador y el protector de la restauracion del clausurado Establecimiento de Ciencias Médicas, logrando su reapertura, por lo que ese año se llamó con justicia el segundo año de la fundacion de nuestra Escuela; á principios del mismo año, uno de los más funestos para México, habiendo ondeado el pabellon frances en el castillo de San Juan de Ulúa que habia sido tomado por la escuadra francesa al mando del almirante Baudin y del príncipe de Joinville, cuando Luis Felipe se disponia á enviar fuerzas navales á bloquear las costas de México, declaró la guerra á Francia y se separó temporalmente del Gobierno, en 1839, para ir él mismo á combatir al enemigo, lo que hizo con brillante éxito volviendo poco despues triunfante á ocupar su puesto en el Poder, y, por fin, estando en éste, en la madrugada del 15 de Julio de 1840, seducida la guardia, era sorprendido en Palacio por la revolucion y quedó prisionero en su mismo gabinete, y así, sin embargo, debido á su calma y valor, triunfó de situacion tan desesperada y quedó en el mando, aunque al fin en el siguiente año de 1841, habiendo tomado creces la revolucion, tuvo que abandonar el puesto.

Volvió entónces otra vez el Dr. Bustamante á emprender otro viaje á Europa y visitó la Italia. Durante él, el partido liberal promovió en 1844 una revolucion y entónces volvió luego al país á ofrecer sus servicios en la guerra que se temia estallara con los norte-americanos.

En 1846, con motivo de otra revolucion, fué aclamado presidente del Congreso, y habiendo comenzado entónces, al fin, poco despues, la guerra con los Estados Unidos, su espada estuvo desde luego al servicio de su Gobierno y de su patria.

Concluyó, por fin, su vida agitada. Vuelto despues á la vida tranquila del hogar, residió en sus últimos años en San Miguel de Allende, descansando de la vida tan azarosa y llena de fatigas que hasta allí habia llevado. Allí le sorprendió la muerte, á consecuencia de una apoplejía cerebral, el 6 de Febrero de 1853, á los setenta y dos años de edad.

El Gobierno nacional, dice uno de sus biógrafos, el Sr. Sosa, previno entónces que el ejército todo vistiese luto por ocho dias, y su corazon fué conducido á México y colocado en la misma capilla en que reposan los restos de Iturbide.

El hombre que desempeñó tan altos puestos, la Presidencia de la República tres veces y una la vice-Presidencia, murió pobre pero honrado, legando un limpio nombre á su familia, gratos recuerdos á la Facultad á que perteneció y á la que protegió, y muy buenos servicios á la causa de la patria.

No concluirémos la biografía de Bustamante sin consignar un rasgo notable de su carácter. Habiéndose enfermado de una enagenacion mental su maestro á quien mucho debia, el Dr. Lidnert, y habiendo sido conducido al Hospital de San Hipólito, allí se instaló desde aquel mismo momento Bustamante, para cuidar con todo empeño al hombre para quien tenia una deuda que no podria pagarle de otra manera que con su gratitud.

Son los más notables hombres públicos que ha dado nuestra Facultad.

De los facultativos distinguidos en su arte, ora como médico-cirujanos, ora como farmacéuticos, varios son los que conocerémos en lo que falta de esta obra. Desde los fundadores de nuestra Escuela, cuyo inmenso servicio no basta á pagar nuestra gratitud, hasta los que desde entónces han venido haciendo progresar varios de los ramos de la Medicina nacional, muchos son los que merecen aquí una honrosa mencion. Por hoy sólo consignarémos en este lugar, de entre los individuos que más se han distinguido en la última Facultad, los nombres de Vargas, de Martínez, de Rio de la Loza, de Montes de Oca, de González